

## Notas y Documentos

### 1

ARMANDO URIBE ARCE

#### ULTIMAS TRADUCCIONES DE SALVATORE QUASIMODO

Con motivo del otorgamiento del Premio Nobel de Literatura al escritor italiano Quasimodo, conviene referirse a su obra reciente.

Las últimas traducciones que el poeta Salvatore Quasimodo ha publicado en Italia —según nuestras noticias—, serían las de un largo conjunto de poetas alejandrinos bajo el nombre de *Fiore dell' Antologia Palatina* (Guanda, Bologna, 1958), y un moderno poeta norteamericano, E. E. Cummings, en brevísimo volumen de la colección *All' Insegna del Pesce d'Oro* (Scheiwiller, Milano, 1958).

Aparente divergencia en la elección de voces tan disímiles, y —no obstante— la clara fidelidad a un mismo propósito. En uno y otro caso se trata de poetas difíciles, bajo un fingido velo de sencillez, e incluso trivialidad. El poeta contemporáneo de *Tulips and Chimneys*, participa de la frivolidad sapiente de Calímaco que no desdeña el juego ni el escarnio. Y así como Calímaco en la lengua de Quasimodo concluye una lírica en línea casi geométrica “le Grazie non sarebbero piu Grazie”, así E. E. Cummings expresa una regla de oro casi tan bella como el verso inicial de Keats: “Joy was his song and joy so pure”.

*Flor de la Antología Palatina*, por un motivo dúplice; porque cogió el poeta una y otra lírica de sus antecesores (venerables y ligeros) en el extenso campo de la Antología, y porque esta Antología de epigramas descubierta a principios del siglo XVII en la Biblioteca Palatina de Heidelberg, compuesta de coronas, asigna a cada poeta una flor: lirio para Anite, jacinto a Alceo, y a Calímaco el dulce mirto “siempre lleno de áspera miel”.

A la Corona más hermosa y antigua, de Meleagro, en que se enlazan a los alejandrinos de la edad helenística aun los poetas de la época clási-

ca, Arquíloco, Safo, Platón apócrifo, se sucede la de Filipo de Tesalónica, más ingenua y arbitraria, y el repertorio abundante de colecciones menores, en que se pasa de la división alfabética de las primeras al orden por materias, complicado y profuso, delicia de los compiladores bizantinos. Y el producto de todo ello, hacinado en la imponente Antología Palatina, reunía más de tres mil epigramas.

En inspirado ensayo introductorio Caterina Vasalini, que más de una vez acompaña a Quasimodo en sus ediciones, enumera la variedad del epigrama: “inscripción breve, doliente epicedio, boceto grácil, escena campestre, sagaz agudeza, madrigal amoroso que concluye a la vuelta de pocos versos, dísticos elegíacos, un solo dístico a veces, cincelados en extenuada perfección formal...”, y ello la lleva a decir en expresión italiana intraducible: “i letteratissimi artisti alessandrini”.

Mas, nada atemoriza en esa extenuada perfección al poeta que conoce también —por la sangre y el oficio— los trabajos y la manera de simularlos en elegante gesto. Pues Quasimodo, nacido en Sicilia, en Siracusa, supo desde temprano apreciar esos breves placeres, intensos en razón de su misma fugacidad, descritos en el verso de Leonidas:

“Acqua che fresca scorri dalla rupe  
spaccata, salve! Salute, statuette...”

Agua fresca que escurres de la roca quebrada, salve! Salud, estatuillas... Bajo un sol despiadado y en una isla que parece detener el tiempo, a causa de su misma antigüedad, como en una alegoría.

No en vano el crítico atribuyó a la poesía original de Quasimodo un carácter que en palabras de epigrama se componía de “macerada frialdad” (De Robertis), un “tono de la voz absorta” en que se reprochaba, como en reciente Antología crítica de la poesía italiana, la concesión al distante ejercicio literario, y se culpaba precisamente a su actividad de traductor este “abandono a sus dotes literarias”. Sin embargo, no valora en justicia el crítico lo que hay de comprometido y heroico en

el acto de quien —olvidando la voz propia— se reviste de otra máscara y otra voz, y enronquece o afina el instrumento que le ha dado la naturaleza en un ejercicio que es al mismo tiempo un sacrificio. Cuando, como en el caso de Quasimodo, a menudo se logra la proeza en breve salto o reposo inquietante, no se debe restar el elogio, pues al donaire del resultado se unen la modestia de esconder el esfuerzo y la firmeza de voluntad que se ciñó al modelo.

Veamos dos ejemplos de lo dicho:

“Qui Saone Acanzio, figlio di Dicono,  
dorme il divino sonno. Piu non dite  
che i buoni muoiono”.

Aquí Saon Acancio, hijo de Dícono, duerme el sueño divino. No digáis ya que los buenos mueren (*Calímaco*, vii-451).

“Sei primavera ora, poi sarai estate  
E dopo che sarai, mio Ciri? Pensaci!  
Paglia sarai”.

Eres ahora primavera, después serás verano. ¿Y después qué serás, mi Ciris? ¡Piénsalo! Paja seras. (*Estratón*, xii-215).

En el ensayo lúcido que precede otra de las versiones de Quasimodo tal vez la más importante, de Clásicos Griegos (publicada durante la última guerra), Luciano Anceschi esboza los “tres tiempos” en la obra de Quasimodo, y después del primero en que domina la llamada “poética de la palabra”, “en cuanto el acto lírico se configura idealmente y totalmente en el espacio virgen de la palabra”, vendría un segundo en que las diversas presiones que dan relieve a los momentos internos en que prevalecen, provocaron esta especie de memoria rescatada que constituye la obra del verdadero traductor, y que en Quasimodo se singulariza por “un asalto impetuoso al texto en un rápido “tempo” del alma”, en contraste al que se limita —en noble elaboración— a tentar sobre la página antigua altos ejercicios de técnica y rastreos de la inspiración.

Así es como advierten aquellos más autorizados y sagaces que en Quasimodo el poetizar se refleja en el traducir y no ya el traducir sobre el poetizar, y se explica que el naturalísimo acento del siciliano aparezca acre y sombrío en los motivos más tiernos y serenos de la poesía clásica.

Pero no desnaturaliza nunca el tema ni el acento, y coincide secretamente —tal vez como en ninguna otra de sus versiones, a excepción de la de Catulo— con estos sabios y desencantados griegos, romanos, egipcios y bizantinos.

El propio Anceschi nos revela una reciente huella de lo que es hoy día la verdadera idea del traducir cuando se refiere a la ilustre cláusula de T. S. Eliot en su ensayo sobre Eurípides: “Necesitamos un ojo que pueda ver el pasado en su lugar, con sus determinadas diferencias del presente, y no obstante tan vivo que sea para nosotros tan presente como el presente”.

¿No ocurre así con esta lírica áspera de Aristón?

“Se siete usciti qui in cerca di pane,  
o topi, andate a fare un altro buco;  
la mia e solo uno povera capanna.  
Formaggio grasso troverete altrove  
e fichi secchi, ed una buona cena  
con briciole abbondanti.  
E se tentate d'affondare ancora  
i denti nei miei libri, piangerete  
poi per' il vostro misero festino”.

Si habéis salido aquí en busca de pan, ratones, id a hacer otro agujero; la mía es sólo una cabaña pobre. Encontraréis en otra parte queso mantecoso, higos secos, y una cena copiosa con migajas abundantes. Y si de nuevo procuráis hincar los dientes en mis libros, lloraréis después por vuestro mísero festín (vi-303).

La obra contiene poemas de dieciocho elegidos en la Corona de Meleagro, y entre ellos Alceo, Asclepiades, Calímaco, el propio Meleagro, Platón y Posidipo; dieciséis de la corona de Filipo: Alfeo de Mitilene, Automedonte, ambos Diodoros y el mismo Filipo; dos poetas de la Antología de Diogeniano, y uno de ellos Lucilio; tres del siglo segundo después de Cristo; uno del quinto siglo; cuatro del ciclo de Agacia, y ocho emocionantes epigramas anónimos, en que el carácter fugaz del género se sirve de una imagen efímera en la boca de un poeta perdido: “Ah se fossi una rosa rossa”. Ah, si fuese una rosa roja.

En edición cuidada, con grabados al estilo de Pompeya y dibujos de tapices orientales que se guardan en Ravena, notas a los epigramas, noticias sobre los autores, y el texto original al frente de la versión, el libro que encierra esta *Flor de la Antología Palatina* perenne, parece prevenir amablemente a quien lo comenta, “Odio le lingue troppo sciolte”. Odio las lenguas demasiado sueltas.

## 2

LUIS JIMÉNEZ DE ASÚA

## LA UNIVERSIDAD ARGENTINA Y SUS PROBLEMAS (\*)

"Universidad o estudios generales, es el ayuntamiento de maestros y discípulos que es hecho en algún lugar con voluntad y entendimiento de aprender los saberes".—Alfonso X, El Sabio, *Libro de las Siete Partidas*, Código de las Partidas 1263 y 1265, Partida II, Título 31.

Yo también quisiera tener hoy la inspiración de decir verdades aunque sean amargas, aunque muchos después de esta oración mía digan que es reaccionaria o que un europeo no es capaz de captar las necesidades de la Universidad argentina. Pues la Universidad, por lo mismo que es la más alta de las gradaciones culturales, no es propiamente argentina, ni es uruguayana, ni peruana, ni cubana, ni siquiera europea; es universal. Por eso sus categorías —como yo quisiera demostrar ahora— no pueden ser concebidas de ese modo que muchos han querido, como si pretendieran extraer del mate o del poncho una Universidad inédita hasta ahora.

En primer término deseo advertir que al enfrentarme con el problema de la Universidad, he de hacerlo con toda la congoja que sobrecoge a hombres responsables cuando abordan problemas de enorme eminencia.

## I. INTRODUCCIÓN.

1. *Un problema ingente.*—A algunos de nosotros, españoles, nos importaba desde hace muchos años. Quiero recordar que este verano, en Chile, en una de esas Universidades de estío, de Santiago, de Valparaíso o de Valdivia, tan extraordinariamente acogedoras, hube de decir algunas palabras después de que hablara un profesor, ya nacionalizado chileno, que lleva más de cuarenta años en sus aulas, pero que es de origen ruso, el doctor Lipschutz. El conocido médico, a quien hago referencia, nos decía, con grande, con ecuanime sinceridad: "cuando yo era muchacho, cuando yo estudiaba, esos temas universitarios no preocupaban". Y es exacto: no tenían por qué preocuparle, puesto que según veremos en este muy rápido recorrido que quisiera hacer a través del

tiempo, la actual crisis universitaria no comienza propiamente hasta 1914. Lipschutz, que es ya un hombre septuagenario, que había estudiado en las universidades alemanas y rusas, no alcanzó; como alumno, el momento en que éstas entraron en crisis; en cambio, por razones que no es este el instante oportuno de exponer, en España esos problemas ya se habían iniciado cuando los hombres de mi época pasábamos por sus aulas y como algunos de nosotros tuvimos vocación universitaria casi desde que nos sentábamos en los incómodos bancos de la Calle Ancha de San Bernardo, sentíamos el enorme desasosiego que la universidad española tenía, aún cuando la europea entonces no atravesaba dificultades de especie alguna. Por eso nos preocupamos mucho de las cuestiones universitarias.

Después he recorrido casi toda Europa y he estudiado principalmente en Alemania y Suiza, viendo lo que eran las universidades en los días anteriores a 1914.

2. *Bosquejo histórico.*—En verdad, ya para esos años, las universidades se habían transformado y ello se veía en Francia de un modo muy claro, donde más que una "universitas" —ya veremos después lo que esto quiere decir—, había *varias* Facultades: una Facultad de Derecho o una Escuela de Derecho; una Facultad o una Escuela de Medicina; una Escuela de Farmacia; una Facultad de Ciencias y otra de Filosofía, Historia y Letras. No había Facultades de Ingeniería, de Agricultura, ni de Arquitectura; porque en Europa éstas son profesiones técnicas especiales, que se estudian en los Politécnicos y no dentro de la universidad.

Reconozcamos que a pesar de estar así fraccionada, la universidad cumplía su misión; no el antiguo menester de las "universitas" que se puede tomar en muchas acepciones; pero sí la de formar buenos profesionales y la de investigar; no como lo hicieron los universitarios del siglo XIII, en donde realmente con el *trivium* y el *quadrivium*, lo que se hacía era lo que hoy denominamos bachillerato, enseñanza secundaria o "Colegio Nacional".

No, no se estudiaban ya esas materias que formaban al hombre culto, sino que poco a poco habían ido disgregándose los claustros sabios en escuelas. La Universidad de Bolonia desde su origen fué característicamente escuela de Jurisprudencia. Destaquemos, pues, que al hacerse complicadas y científicas las profesiones, la vieja universidad se fué concretando y diversificando en escuelas. Pero realmente la palabra universidad, que nos la explica el Rey Sabio —haciendo, como en su gigantesco *Código de las Siete Partidas*, re-

(\*) Reproducimos a continuación la conferencia dictada por el eminente penalista español publicada en el *Boletín Informativo* de la Universidad Central de Caracas, Venezuela (23 de octubre de 1959). A pesar de referirse a la Universidad Argentina y del tiempo transcurrido, creemos de interés divulgarla, pues los puntos tratados poseen plena vigencia.

cepción del pensamiento romano, y en este caso de un vocablo latino al que da contenido moderno en su época—, no es otra cosa que *ayuntamiento de profesores y estudiantes*. También podemos tomar la palabra “universitas” como el lugar o el sitio, aun cuando no sea lugar y sitio material determinado, en que se abarcan todas las ciencias.

Al tocar este último sentido del vocablo “universidad” surgen cuestiones ingentes y de superlativo interés, sobre todo si lo relacionamos con lo que ahora ocurre en la Argentina, en donde constantemente estamos escuchando que hay que dar un sentido social a la universidad.

## II. LA UNIVERSIDAD Y LA VIDA INTELECTUAL.

3. *La plenitud*.—La universidad —como señala con certera observación Julián Marías— ha pasado por tres grandes períodos. Durante los siglos XIII y XIV y hasta comienzos del XV, la universidad abarca toda la intelectualidad; todo lo intelectual está dentro de ella. Se facilita esta exclusiva absorción porque en la universidad se habla el latín y porque es el latín la única lengua sabia. Por otra parte ese exclusivismo universitario tiene universalidad topográfica, por la unidad del latín, y así vemos —un siglo después— a Juan Luis Vives unas veces en España, otras en Brujas; exactamente igual acontece con otros muchos hombres que fueron famosos en Bolonia, en París, en Salamanca o en Praga.

Por otra parte, la intelectualidad se hallaba muy reducida y los conocimientos apenas si pasaban de ciertos libros famosos, que el profesor leía. Aún en Alemania cuando un profesor se jubila, dicen: “ya no lee”, y todavía nosotros decimos “la lección”, aunque no leemos en clase.

Se leían, por ejemplos, los textos de Derecho, las Decretales y sobre lo leído se hacía una serie de comentarios y razonamientos; se establecían una serie de conclusiones; se desviaba el profesor incluso de los maestros o los atacaba. Y lo mismo acontecía en materia filosófica, cuando se leía, por ejemplo, la *Summa Theologica*. Esto es lo que en pasados siglos se hacía en la cátedra: se leía, porque no existiendo la imprenta o siendo, más tarde, escasísimos los libros impresos, el alumno no podía consultar las fuentes.

Advirtamos que en la Universidad española, durante los pasados siglos, había, a pesar de lo dicho, activa participación del estudiante. El profesor “bajaba al poste”. Ir al poste se decía, cuando el catedrático, recostándose en la columna que soportaba la tribuna, recibía las consultas o preguntas de los alumnos. Más todavía, y esto acaso produzca estupor a profesores y estudiantes argentinos que creen que la “reforma” de 1918 in-

ventó la participación del estudiante en la vida universitaria, el Rector de las universidades medievales españolas podía ser un estudiante. Pero —¡cuidado!— entonces el alumno no sólo no había desertado de los claustros como hacen hoy los argentinos, sino que vivía en ellos. Quien recorra, por ejemplo, la ciudad de Salamanca, se encontrará que en todo el derredor de la universidad hay edificios universitarios; verdadera ciudad universitaria, pero auténtica. Los alumnos vivían allí, estaban interesados en todos sus problemas; no pensaban tan sólo en el desagradable momento del examen, para marchar después, gruñendo con más o menos discreción por la nota que el profesor les ha otorgado.

En aquella época (siglos XIII, XIV y principios del XV) no se concebía otra vida intelectual que la de dentro de la universidad. Nadie puede concebir a un Santo Tomás fuera de la universidad. La universidad vive absorbiendo ella todo el prestigio intelectual del mundo hasta mediados del siglo XV.

4. *La primera crisis*.—¿Qué pasa luego? El Renacimiento ha destruido las ideas que podíamos llamar medievales; todos los sistemas han quedado anticuados. Aquella figura extraordinaria de Leonardo Da Vinci, pensó que era posible volar, y que era necesario saber anatomía para poder pintar. Es el hombre completo que enseña y que practica. Lo mismo está arreglando la tubería de la señora de Sforza, el “Moro”, que está pintando la excelsa, la extraordinaria cabeza de Jesús en aquella “Cena” que todavía podemos contemplar muy borrosa en Milán. Aquel hombre extraordinario significa lo que el Renacimiento fué: la destrucción de todos los moldes que se tenían antes por ciertos. Las universidades no quieren ponerse entonces a la par de su tiempo y viven aisladas. Poco a poco la universidad va perdiendo su prestigio. Por eso debemos pensar: ¿es posible que un Erasmo estuviera entonces en la universidad y enseñara en ella? ¿Pudo un Galileo, perseguido por la Inquisición, decir en la universidad que la tierra se mueve? Ninguno de ellos vive en la universidad como tampoco estuvieron en ella ni Copérnico, ni Giordano Bruno. Sigamos avanzando en el tiempo: ¿Concebimos a Descartes dentro de unos claustros anquilosados? Tampoco están en ellos ni Leibnitz, ni Pascal, ni Bacon, ni Hume ni los precursores de la Revolución, como Rosseau; menos aún los “enciclopedistas”: Voltaire, d’Alambert. En aquellos tres siglos lo mejor de la vida intelectual está fuera de la universidad y la universidad amanerada y seca arrastra una existencia sin prestigio. Frente a la anticuada universidad francesa se eleva pujante el Colegio de Francia, en

aquellos tiempos de crisis. Sin el Colegio de Francia, la Ciencia y la Filosofía no se hubiera rehecho, ni la universidad renacido; lo mismo que no se hubiera salvado la religión católica sin la Reforma. Sin los tremendos empujes que significa el Colegio de Francia para la sabiduría, la universidad no habría reaccionado; como tampoco la Iglesia católica sin los dicerios feroces de Lutero.

En suma: los hombres que revolucionaron el pensamiento como Erasmo; quienes ven claro en la mecánica del universo, como Copérnico y Galileo, no están en la universidad. El último de los nombrados es perseguido por la Inquisición, por el mundo que hoy llamaríamos "oficial" y en ese mundo estaba inmersa y desarrollaba su vida la universidad europea. ¿Cómo hubiera podido enseñar en sus claustros estrechos el "ciudadano del mundo" que fué Rosseau? ¿Cómo iban a gestar los hombres de la "Epoca de las Luces" sus ideas revolucionarias en los lóbregos entresijos de los pasillos universitarios?

Por curiosa paradoja, en España la universidad vivió asumiendo en su círculo toda la vida intelectual española, después de que entrara en crisis en el resto de Occidente. Acaso no sea exacto, como se ha observado, que esto se debe a que los españoles siguieron concediendo vigencia al pensar del Medioevo, sino más bien porque Salamanca no cerró sus puertas a la inquietud. Fray Luis de León, uno de sus grandes maestros, fué perseguido por la Inquisición y volvió sarcástico, para empezar su clase con el famoso: "Decíamos ayer". El Padre Francisco de Vitoria desenvuelve desde la cátedra ideas revolucionarias sobre el Derecho Internacional, y Suárez construye, de nueva planta, la interpretación de la ley en el ámbito universitario.

5. *La vuelta al monopolio intelectual.*—Desde fines del siglo XVIII, todo cambia. Durante el siglo XIX la universidad como la de los comienzos, absorbe la vida intelectual del mundo. Justo es que determinemos con exactitud fechas. El siglo decimonono comienza antes de 1801, y se extiende hasta los catorce primeros años del XX, cuando se amojonan más que períodos, cronológicos, etapas culturales. Ese siglo, tan denostado —no ha faltado alguien que le llamase el "siglo estúpido"— es precisamente el siglo de la seguridad. Esto lo sabemos bien los hombres que hemos vivido una parte de nuestra vida antes de 1914. Sólo se habla de dictaduras en países orientales u orientalizados. Vivíamos y respirábamos la libertad lo mismo que el aire, por fenómeno reflejo, y estudiábamos en una universidad segura y firme porque los conocimientos de entonces no estaban contradichos por pensamientos destructivos de fuera. He aquí

por qué la universidad vuelve otra vez a abarcar toda la intelectualidad desde finales del siglo XVIII hasta 1914. No se concibe, desde Wolff en adelante, a un pensador de nota que no habite los claustros universitarios. No podemos imaginar a un hombre como Kant, que esté fuera de la universidad; ni podemos pensar fuera de ella ni a Fichte ni a Schelling, ni a Hegel, ni, si seguimos avanzando en el tiempo, a Dilthey, Brentano, Husserl, Bergson... , para no hablar sino de filósofos. Más todavía, al saber que no enseñaron en la universidad Schopenhauer y Comte, nos explicamos que sus pensamientos tuvieran más influencia política que propiamente filosófica. El positivismo comtiano creó un movimiento de influjo político —piénsese en el Brasil y en su bandera—, y lo mismo acontece con Schopenhauer de donde viene, a través de Nietzsche, el superhombre que ensoñó el Tercer Reich.

6. *La presente crisis.*—¿Qué ocurre ahora? En el año 1914 se produjo un fenómeno mucho más importante que la guerra misma. Otra vez, como en el Renacimiento y la Reforma, surgen ideas nuevas; pensamientos y programas que poseen hoy, si se quiere, un impulso bárbaro, un impulso arrollador. Las naciones que parecían firmísimas durante el siglo XIX, se escinden encontrando sus enemigos no *más allá* de las fronteras, sino *aquende* sus límites de territorio geográfico y jurídico. He escuchado, por ejemplo, en una coyuntura —y con ello, no quiero afirmar, sin más reflexiones, que presto mi adhesión al dicho— proclamar esto a un orador insigne: "yo me encuentro mucho más cerca de un chino que tiene las mismas ideas que yo, de izquierda, de avanzada y de progreso, que de un compatriota mío que posea un ideario conservador". ¿Qué significa esto, sino la ruptura de la nacionalidad, el quebranto de las nacionalidades? La terrible realidad de este hecho la hemos comprobado a comienzos de la segunda guerra universal, en que los comunistas franceses tildaban la contienda de lucha entre potencias capitalistas. La guerra no es ya de nación contra nación, sino que se libra dentro de las propias naciones; entre hombres de distintos signos y de idearios contrapuestos.

El mundo está en crisis y la universidad con él. Lo mismo que a mediados del siglo XV. La seguridad del pensamiento se ha derruido y, con ella, la unidad de cultura universitaria. Fuera de la universidad pululan otra vez una serie de institutos culturales, porque aquélla no es capaz de abarcar todas las inquietudes. Por otra parte el Estado clásico-burgués quiere defenderse con dictaduras que alcanzan hasta los claustros universitarios, obligados a enseñar la ciencia oficial.

El hecho se ve paladinamente en España. No voy a citar a ningún hombre de ideas avanzadísimas, ni comunista, ni socialista, voy a invocar el nombre de don José Ortega y Gasset, a quien muchos de los que se dicen avanzados han tildado, sobre todo al apreciar su libro *La rebelión de las masas*, de ser un extremo derechista, conservador o reaccionario. Pues bien, José Ortega y Gasset no pudo vivir en la universidad española de ahora y fundó fuera de ella el Instituto de Humanidades con Julián Marías. Esto lo vemos por doquier. Empiezan a surgir "Institutos", "Colegios Libres". Y si hubiera habido una estructura cultural más sólida en la república Argentina y más vocación por el estudio, cuando tuvimos que marchar de la universidad atropellada por la dictadura, se hubieran fundado "Institutos" varios fuera de ella, como mucho lo deseábamos.

Otra vez nos encontramos, como en la época que sigue al Renacimiento y la Reforma, a causa de la ruptura con el pasado, con que ya la universidad no llena en el mundo el menester cultural, ni la creación del espíritu, ni la investigación. Y esto no sólo no acontece en el pensamiento que es **mucho más durable** que la ciencia, sino en la conciencia misma. Por ejemplo, en las universidades norteamericanas —y a las que muchos admiran, pero que a mí me parecen en general muy deficientes— se investiga hoy mucho menos que en los laboratorios privados, en cuanto respecta a medicina. Hace muy poco, un hermano mío, médico, le decía a otro compañero que la medicina es de ayer, puesto que lo realmente eficaz ha empezado con las sulfas y los antibióticos, y ¿de dónde han salido? No ciertamente de la universidad, sino de los laboratorios farmacológicos privados, que a golpe de dólares han tomado para sí a los mejores investigadores. Y lo mismo diríamos de los progresos físicos que en vez de tener por sede el rincón universitario, se logran en instituciones militares, que adquieren sabios no importa de qué país con copiosa retribución en moneda americana, en libras esterlinas o en rublos rusos.

Ello se debe a que una universidad, con su característica universal, como el nombre lo exige, con su enorme aparato de variadas facultades, con su cuerpo orgánico de autoridades, profesores y alumnos, necesita seguridad, incluso para discutir sin que la disidencia origine la expulsión, la expatriación o la condena. Es decir, que otra vez vemos fuera de la universidad proliferar creaciones intelectuales mal avenidas con el régimen oficial, o que exigen pensar con secreto y garantía **que acaso sólo se logran en círculos más estrechos**. Por eso se crean instituciones, laboratorios, academias o colegios más pequeños y por tanto más ágiles, para poder rectificar errores o seguir téc-

nicas más libres o, como contrario lógico, ejercer más vigilancia en la investigación que precisa no ser extemporáneamente descubierta.

Aunque Julián Marías, que nunca fué profesor universitario —para desgracia de los claustros docentes—, no se halle propicio a creer que la universidad volverá a ser lo que fué en el siglo XX, nosotros somos menos pesimistas. La universidad ha de renacer aunque se transformen muchos de sus métodos.

### III. LAS UNIVERSIDADES HISPANOAMERICANAS.

7. *El desamor a la universidad.*—Y ahora sí que no puedo evadirme de tratar de las universidades hispanoamericanas y en particular de la Argentina.

Estos países, quiéranlo o no, han recibido la cultura, la han copiado, no la han formado ellos, por eso la sienten y no la quieren como nosotros la queremos. Sólo intereses minúsculos y sobre todo ajenos a la vida cultural, impulsan hoy al desatinado deseo de crear Facultades o Institutos por doquier, como señalaba el Decano Buonocore con una extraordinaria sapiencia, y poniendo, como nosotros vulgarmente decimos en España, el dedo en la llaga. Carece de sentido esa proliferación impremeditada de universidades sin pensar en si hay quien explique en ellas, en si hay estudiantes con actitud discipular y aptitud discente que pueblen los novicios claustros; si hay dinero para adquirir libros y aparatos, en si pueden crearse laboratorios, para que las nuevas casas de pomposo nombre no sean como muchas de ahora, fachada sin contenido.

Lo cierto es que aquí no puede —por la escasa dedicación científica— superarse la crisis con institutos o colegios fuera de la universidad. Lo que se haría es agravarla. La crisis existe y cada vez más aguda, *pero hay que superarla dentro de la universidad nacional u oficial.*

Meditemos seriamente, sin pretextos que escondan los más subalternos intereses, en lo serio que es una universidad y en lo difícil que es crearla y mantenerla. Incluso crear una nueva cátedra. Recuerdo que un grupo de estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, se acercó al entonces Decano, eminente filósofo muy conocido por cierto en la Argentina por haber enseñado en la Universidad de Tucumán: García Morente, para pedirle que se fundara una nueva cátedra referente a la historia de las ciencias, y el Decano les dijo afectuoso: "Indíqueme ustedes quién puede explicarla y mañana la creo". Los estudiantes, que lo eran de verdad, comprendieron a su maestro y no hubo insistencia alguna, puesto que ellos no querían situar a un catedrático amigo y

propicio, sino aprender, y mal podían lograrlo si no había quien conociese esa interesante materia. Del mismo tenor es otro comentario burlesco de José Castillejo, enemigo de pruebas y concursos cuando no había hombres que supieran la materia. Por eso decía: "Nosotros hemos descubierto un buen medio, que es la oposición: nadie sabe de egiptología, por ejemplo, pero sacamos a concurso la cátedra de esa materia y se la damos al que mejor haya explicado lo que ha leído apresuradamente en un libro". Aquellas palabras o estas bur-las indicaban hasta qué punto era difícil crear una cátedra. Pensemos cuán arduo será fundar una universidad. Para crear una cátedra lo primero que se precisa es que esa cátedra tenga un titular auténtico, y unos alumnos en actitud discipular; no de alumnos tan sólo, sino de discípulos. A esa actitud discipular me voy a referir más adelante.

Y ahora sí, quisiera afirmar después de haber visto qué crisis terrible están pasando las universidades, la necesidad de afrontar el problema como Buonocore lo ha dicho, quizás no amedrentándonos en demasía, pero tampoco creyendo que la crisis es sencilla y que se va a superar mañana, sin más ni más, por una especie de arte de magia.

8. *La cortina de humo.*—Lejos de mi ánimo enjuiciar ahora, a casi cuarenta años de distancia, los postulados de la "reforma" de 1918. Supongamos que fuesen en su hora sobremanera oportunos y necesarios, frente a una universidad de moldes viejos y de cátedras hereditarias. Lo que nadie podrá negar es que si bien logró destruir aquellos viejos estilos no ha logrado alumbrar otras formas universitarias y que el "principio" de "asistencia voluntaria" a clase se ha transformado en una "costumbre" —casi impuesta por eso mismo de inasistencia.

Para salvar aquellas "ideas" de hace casi medio siglo, hablan ahora, incluso los más recientes conferenciantes sobre el tema, un lenguaje ambicioso y a ratos hiperbólico, en que demagógicamente se presentan programas o misiones que la Universidad ha de cumplir y que son inalcanzables o que no pertenecen al menester universitario. Como cuando se escribe, por ejemplo, "que el estudiante debe ser sujeto activo de su propio proceso educacional", cosa que por lo visto, consiste en no ir a la universidad sino a examinarse, *todos los meses*, "ideal" de muchos estudiantes, aunque con semejante método sea absolutamente imposible el curso de la "educación" misma.

Con esa palabrería a menudo insincera y con lanzar a cuantos no se prestan a ese juego el dictado de incomprensión o el de "reaccionismo", se oculta, a veces, el deseo de obtener pronto un título, no importa cómo, para cobrar muy caras las

consultas si es médico o los escritos si se es abogado.

No han faltado estudiantes que arrojando esa careta, han presentado sus aspiraciones al desnudo. Aquí, en esta Facultad de Derecho de Santa Fe, se hizo una encuesta, que alguien calificó de la "encuesta del cinismo". Hubo algunos muchachos que contestaron: "a mí no me interesa ninguna materia de la Facultad", "a mí no me importa la vinculación del profesor con el estudiante". Cuando yo lo supe me dije: me gustaría hablar con esos muchachos porque por lo menos han sido sinceros, han dicho sin ambages su triste verdad. A éstos se les puede convencer de que están en un error. A quienes pensando lo mismo presentan una hermosa cortina de humo o un insincero ramillete de ilusiones y aspiraciones nobles, a éstos no se les convencerá nunca, porque de sobra saben que viven contra la verdad.

Hoy vivimos, en efecto, una *época contra la verdad*. No ocurre como antes en que detrás de una etiqueta sabíamos lo que había. Hoy nos hablan de partido "popular", que es un partido "conservador"; hoy nos hablan de una asociación de fines inocentes (defender la moda de llevar sombrero o la de ir destocado), y en vez de ese fin se hace, por ejemplo, nacionalismo furibundo. Nos invitan a constituir una sociedad de cultura y es una agrupación movida por los norteamericanos para afianzar su hegemonía. O se hace la propaganda para sembrar la chirimoya y resulta que es la tapadera o cobertura de un grupo comunista. ¡Volvamos a llamar las cosas por su nombre y no a rebrillar espejuelos para poder cazar infelices incautos!

#### IV. FINALIDAD Y MISIÓN DE LA UNIVERSIDAD.

9. *Distintas estructuras universitarias.*—Si arrojamos por la borda todas esas frases y, renunciando a posturas demagógicas, queremos reconstruir la universidad —acaso sería más exacto hablar simplemente de construirla—, lo primero que se precisaría hacer es elegir el tipo universitario preferible. *Inventar* otro —como parecen creer quienes afirman que un europeo no comprenderá jamás la universidad criolla— es tan ridículo como "descubrir el Mediterráneo", o inventar el termómetro cuando es tan fácil adquirir uno de buena marca en la próxima farmacia.

Insisto en que la universidad es muy antigua y que *tiene* existencia, como lo poseen los hombres y las cosas. Podemos transformar sus métodos, pero la universidad será *siempre* el lugar donde se estudian *universalmente* los conocimientos y que constituye el "ayuntamiento de profesores y alumnos". Por lo demás, si la universidad, en última

instancia, es el semillero de pensamientos —incluso la investigación física y química ha de tener su origen en la idea y la meditación—, ¿cómo negar que el pensamiento antiguo está hoy tan vigente como hace dos mil quinientos años? *Mecánicamente* lo hemos transformado todo; pero cuando leemos a Platón nos admiramos todavía de su superioridad, sobre tantos y tantos plumíferos que se creen “amigos de la sabiduría”. Lo mismo acontece cuando contemplamos un cuadro de Leonardo o del Greco, e incluso un primitivo de Fra Angélico, ya que sentimos una emoción intensísima, jamás experimentada ante el cubismo o la llamada “pintura abstracta”, que hace delirar de gusto a... los *snoobs*.

Habrá, ciertamente que *nacionalizar* el tipo de universidad que escojamos —como acabó nacionalizándose la Constitución argentina de 1853 tomada de la de los Estados Unidos de América—; pero no podemos *inventar* una nueva por capricho... o para disimular el verdadero fin que nos proponemos, en esta época contraria a la verdad. Podemos *basarnos* en la universalidad intelectual o cultural europea, o en el modelo educativo-social de la anglosajona, que deshuesada y con variedades muy a menudo desleznables, se trasplantó a Norteamérica. Con frecuencia la autonomía de esas Casas de Estudio del “gran país del norte” —como suelen decir aquí quienes admiran al que Rubén Darío llamó el “futuro invasor”—, sólo existe de nombre. Están regidas por los comerciantes y “fuerzas vivas” que las sostienen con sus dólares y mandan en ellas con más despotismo que el Estado francés en las suyas. Para mí no cabe duda de que el único modelo que es susceptible de adoptar aquí es la universidad continental-europea.

10. *Menesteres de la universidad*.—No basta con inclinarnos hacia este o aquel otro tipo de universidad. Importa también que nos pongamos de acuerdo sobre sus menesteres. Podemos concretarlos en dos fundamentales, capaces de sustentar otros muchos en su doble base: a) la *creación intelectual*, y b) la *docencia y formación de profesionales*.

11. *La “investigación”*.—La universidad *debe* tener como una de sus misiones la “creación exacta que la de “investigar”, como intelectual”, fórmula más amplia y dice muy correctamente Julián María, ya que solemos dar a la investigación un sentido más bien experimental, como el quehacer del físico, biólogo, químico, o más ceñido al dato, como en el caso del filólogo o del historiador. En la frase “creación intelectual” no sólo se comprende la tarea de “investigar”, *sensu stricto*, si-

no también las de “meditar”, “teorizar”, “pensar”. Se dice en la Argentina que es preciso *investigar* en la universidad. Ya veremos como esto se adultera también. Pero antes digamos que la investigación no es exclusiva de la universidad, y que incluso de ella suele excluirse el alumno novicio. Hay muchos grandes Institutos que están fuera de la universidad o que dependen de ella del modo más flexible como, por ejemplo, el “Instituto Cajal”, en España, donde ciertamente no iban los alumnos de primer año que estudiaban Histología. Recordemos, también, los laboratorios farmacológicos norteamericanos, de donde han salido los nuevos y eficaces medicamentos, y que nada tienen que ver con la universidad, conforme antes señalamos.

Yo creo, sin embargo, que una universidad digna de tal nombre, *tiene que investigar*. Pero a condición de... que se *investigue*. Cuando yo llegué a la Argentina en 1939, me encontré con que había “Seminarios” en la universidad, e “Institutos de Altos Estudios”. Pero en la universidad en que entré entonces a enseñar, “investigaban” los muchachos de primero o segundo año, en *Seminarios de obligada asistencia*. El despropósito no podía ser mayor. El curso ordinario donde se forma el profesional, cuya mínima pericia debe garantizar el Estado en beneficio del futuro paciente o del eventual procesado, no era de concurrencia obligatoria y el estudiante de médico o de abogado podía hacer lo que le viniera en gana, hasta que se examinaba con profesores, cuya mayoría era de extremada benevolencia. Pero el seminario de investigación, a pesar de que el investigar es lo más optativo que hay, lo más voluntario, y que exige dotes que no todos tienen —mejor dicho que poseen poquísimos—, se había hecho forzoso. Así acontecía que la investigación quedaba reducida a hacer papeletas, que si el estudiante tenía próspera posición económica, solía escribirlas una dactilografía a la que bastaba indicar de qué párrafo a qué línea tenía que copiar de tres o cuatro libros.

Con los “Institutos” ocurría algo semejante. Muchos de ellos tenían unos “Reglamentos” largos y completísimos con artículos, apartados, números, letras (mayúsculas y minúsculas), en los que atribuían al Centro todos los fines imaginables: recoger la jurisprudencia, la biografía, hacer un nuevo Código, etc. Nada de esto se cumplía. Y en alguno, no digo en todos, el Director iba dos o tres veces... al año: una para repartir los temas; otra para ver *cómo iba* el trabajo de los inscritos y otra, a fines del curso, para recoger las papeletas y cuartillas que se archivaban sin más trámite. Siempre fui enemigo de los reglamentos; pero desde entonces cuentan con toda mi antipatía.



Hay que investigar en la universidad. Pero quienes tengan vocación de investigadores y conocimientos bastantes para la tarea. Cuando se encuentre un joven con vocación de sabio hay que guiarle, procurarle cuantos medios necesite y ponerle en camino de perfeccionarse en su altísima y noble tarea. Pero no falsificarla y decir que está *investigando* un muchacho de primero o segundo curso de la carrera, porque copie —a veces con faltas de ortografía— doce párrafos de tres libros escritos en castellano y al alcance de todos, puesto que desgraciadamente el noventa y cinco por ciento de los inscritos en la Facultad de Derecho —y acaso pase igual en todas las Facultades— sólo saben castellano y no han manejado más fuente de información para su examen que los “apuntes” hechos —¡por desgracia!— en el Centro estudiantil, plagados de errores y de falsas teorías.

12. *La docencia y la formación profesional.*— No sólo no debemos renunciar a que los profesionales se formen en la universidad, sino proclamar que sólo ella puede constituir realmente su vivero. Ya sé bien que los estudiantes y quienes demagógicamente les hacen coro, puesto que *no quieren* ir a la universidad a estudiar sus carreras, vociferan en pro de la necesidad de investigar en ella y dan nula importancia al menester de que haga profesionales. Es preciso, por el contrario, decir que ésta es una de sus principales misiones, puesto que sólo en las aulas universitarias puede realmente formarse al profesional merecedor de ese título.

Formar profesionales no es enseñarles la mera práctica, que acaso un enfermero o un oficial de juzgado posee rutinariamente. Ni siquiera hacer simples técnicos. Hay que cuidar mucho de la cultura y de la ciencia, que un médico, un abogado, o un historiador deban poseer.

El profesional culto, el profesional científico, será, además, un hombre de ética en su carrera. La deontología sólo puede sentirla el que tiene la dignidad de su oficio. La universidad es la única que puede darle *Ciencia y Conciencia*.

13. *La función social.*— Me hago cargo de que toco aquí uno de los más candentes temas que se manosean a diario por los que tratan de encontrar insensible a la universidad, pero en realidad, como forma de racionalizar la ausencia de ella, su puntual y permanente inasistencia a clase. Es grave y feo decir: “no voy porque no me da la gana”; pero es hermoso y noble alegar: “no voy porque la universidad no cumple sus fines sociales”.

Ahora bien, el caso es que la misión social de

una institución cualquiera no depende tanto del propósito de conseguir tal fin, como de que se cumpla el auténtico destino de ella que *por eso mismo gana crédito, importancia e influjo social*. Cuando en los siglos XIII y XIV, la universidad era el centro intelectual exclusivo, o cuando en el siglo XIX constituía el más importante en la cultura de un país, la universidad tenía proyecciones sociales máximas. En cambio, cuando anquilosada en viejos postulados, o entumecida por embates de fuera, decae o se amilana, la universidad carece de influencia en la sociedad de su tiempo.

En otro sentido, no negaremos que las universidades inglesas, la de Oxford y la de Cambridge, tienen incluso hoy *funciones sociales*. Son enormemente conservadoras, pero poseen influjo social ya que hasta hace poco, en que, por suerte triunfaron los laboristas, las clases dirigentes británicas salían de la aristocracia formada en aquellas ciudades universitarias. Eden, tan bien vestido, tan acicalado, tan culto... y tan mediocre, no se concibe sin Eton, y sin ese colegio no hubiese llegado a “Premier” en el decadente imperio británico.

Cierto que los universitarios de hoy no deben desinteresarse de la educación y de la cultura, y no es menos exacto, que las cuestiones sociales no han de estar ausentes de su preocupación. Pero mayor pecado que desinteresarse de ellas es adular este menester. No podemos decir que se cumple, porque los estudiantes funden un centro o departamento de extensión cultural, en que, por ejemplo, se evacuen consultas sobre qué marca de heladera es preferible...

Quiero recordar un episodio real que, por su absurdo, demuestra a donde nos conduce un camino extraviado. Un gran histólogo español, el continuador del Cajal, muerto en la Argentina hace más de un decenio, fué a un país hispanoamericano, que no he de nombrar, a hacer un curso sobre sus descubrimientos en la estructura del cerebro. Los diarios de aquel lugar dijeron: “Sí, será un sabio, pero no pone la Histología al alcance del pueblo”. Era en los tiempos, harto próximos, en que la demagogia rezumbaba en los problemas universitarios. Yo veía a mi amigo, el histólogo, como aquellos pobres insuficientes de vista que, en los días de mi niñez, recorrían las calles madrileñas con un gran estandarte, en el que estaban pintados cuadros resumiendo el “crimen del día”. El portador del cartelón, señalaba con largo puntero la primera casilla, gritaba: “¡Mirad a la infeliz mujer confiada sin ver quién llega por detrás!” Y saltando al segundo cuadro, pintado con el estilo de los niños... o de los modernos pintores, seguía: “Llega el amante desdeñado furioso”. Pasaba al tercer episodio: “Le clava por la espal-

da con fuerza brutal un puñal"... Veía yo, a mi sabio compatriota en la plaza de la ciudad aludida, con su estandarte en que se habían dibujado las neuronas, señalando la primera pintura y diciendo: "¡Convenceos, ciudadanos! No se trata de una red continua como creía Golgi. ¡No!" y pasando a los apuntes siguientes: "La red es discontinua. Mejor dicho, cada neuroma es autónoma y toca a la vecina por medio de los respectivos axones..." Y así seguiría, entre los aplausos de un público que sacaría de su enseñanza en la plaza... lo que el "negro en el sermón".

Cuidado con llegar a esos extremos, hijos del deseo de llenar el vacío que deja en las universidades la ausencia del estudiantado, que busca como pretexto otros quehaceres. Lo primero es estudiar, porque de ahí deriva el título con que los jóvenes pretenden intervenir en todo. Estudiando o investigando adquirirá la universidad el respeto común y el ansiado influjo en la sociedad.

#### V. REMEDIOS PARA LA CRISIS.

14. *La actitud discipular.*—Insistamos en que es preciso remediar la crisis. Me atrevería a decir que lo que se necesita es construir las universidades hispanoamericanas que, salvo en contados casos, sólo existen de nombre. Sí, como hemos dicho, la universidad es "ayuntamiento de profesores y estudiantes", a una y otra de estas partes integrantes hemos de referirnos. Los jóvenes creen que el mal está en aquéllos; los profesores dicen que está en éstos. A mi juicio no es fácil hallar catedráticos, pero, mal que bien, incluso mediante contrato, podrán hallarse docentes. Lo difícil es encontrar alumnos, en vista de que se niegan, por resistencia pasiva, a ir a clase.

Acontece un fenómeno curioso. Los mozos vociferan en pro de una universidad perfecta, con sabios profesores, con laboratorios magníficos, con bibliotecas colmadas de obras maestras. Pero luego hacen lo que muchos jóvenes matrimonios; alhajan su departamento, compran para el nido los muebles más cómodos y los adornos más preciosos... y pasan su vida fuera de la casa, en el bar, en las carreras, en el baile. Lo mismo hacen los estudiantes. ¿Para qué quieren una universidad maravillosa, con profesorado excelente, si no concurren a escuchar sus lecciones y dejan despobladas las aulas universitarias?

Es necesario, es evidente, que tiene que haber profesores con vocación docente, pero tiene que haber también estudiantes con actitud discipular. Esta expresión, lejos de ser ofensiva, representa, para mí, lo más noble en el aprendizaje, pero creo

que es difícil encontrarla en la Argentina. ¿Me permiten una anécdota más? Voy a contarla. Con mis mejores intenciones, al hacer —muchos años atrás— un prólogo a un amigo mío argentino, dije de él con propósito de elogio que había sido discípulo del que entonces era un eminente maestro universitario. Se publicó el libro y con asombro mío leí una nota puesta por el propio autor prologado, en que se decía: "Jiménez de Asúa incurre en un error muy generalizado. Nunca fué discípulo del Dr. X". Y se traslucía en la rectificación una cierta molestia. En cambio yo me proclamé orgullosamente discípulo de Franz von Liszt, uno de los más grandes profesores alemanes que enseñaba Derecho Penal antes de la guerra y con el que estudié en Berlín, y de Constancio Bernaldo de Quirós, en cuyos libros me inicié en nuestra disciplina. Cuando cito sus nombres eximios, lo hago con voz temblorosa, porque siento la actitud del discípulo ante sus maestros. Sin ese sentimiento es imposible aprender. Lo mismo que no podemos curarnos cuando vamos al médico pensando que es un ignorante. Si llegamos a clase con la idea de que quien está explicando es un asno, es completamente imposible atender a lo que dice ni aprender nada de él. Pero aquí los jóvenes prefieren ser todo, autodidactos, improvisados, ignorantes, con tal de que no se diga que son discípulos de otro.

Debe llegar el estudiante a la universidad en actitud discipular, de aprender, de pensar que es el maestro quien explica. Repito que esa actitud es muy difícil de lograr en los estudiantes argentinos. Eso de acercarse al profesor, de preguntarle sobre la materia desarrollada, sobre la consulta de un libro, es, con una frase estudiantil, *olfaturismo*. Por cierto que se ha esparcido de tal forma la vil sospecha que también la sienten los profesores. Hace muchos años iba yo —voy a nombrarle porque ya está muerto— con el profesor Eusebio Gómez, gran maestro por cierto. Cuando salíamos de la Facultad se le acercó un estudiante. Gómez se encrespó para rechazar al estudiante, como un gato que se pone de uñas y con todos los pelos de punta. Pero, "¿por qué te has puesto así?" —hube de indagar—. "¡Venía a olfatearme!", contestó. Y lo dijo con la misma furia con que hubiese repelido un ataque o un insulto.

Esos celos y desvíos tienen que cesar. El estudiante ha de saber que tiene que aproximarse al profesor y el profesor tiene que atender al estudiante, y mientras no haya aquel respetuoso acatamiento y esta convicción de enseñar, mientras no exista la actitud de recepción por parte del alumno y de transmisión del saber por parte del catedrático, la universidad sólo será un edificio despoblado y frío.

15. *El sistema de cuatrimestres.*—El profesor Buonocore ha presentado un plan de cursos regulares, divididos en cuatrimestres. Acaso no sea aquí, en este clima, el régimen ideal; pero es mil veces mejor que lo que ocurre ahora. Suprimidos los exámenes mensuales, los estudiantes se niegan a renunciar a los de julio. El plan Buonocore pone de acuerdo a profesores y estudiantes en la enseñanza. Explicaré el por qué.

En una universidad argentina —en la que yo tuve una experiencia que duró seis años— ocurría un fenómeno que me dejaba estupefacto. En el mes de julio se interrumpían los cursos e inmediatamente se hacían exámenes. Todos, o casi todos los estudiantes que asistían a clase —que por cierto eran bien pocos—, se presentaban a los tribunales examinadores, y como la lenidad era habitual en ellos, solían pasar sin pena ni gloria. Al reanudarse las clases en agosto, se podía contemplar una nueva totalidad de rostros, pero el profesor no veía que las caras eran distintas, e impertérrito seguía el hilo de las explicaciones iniciadas en abril e interrumpidas en julio. Si, por ejemplo, había llegado a explicar la antijuricidad en general, recomenzaba en agosto con las causas de justificación, sin hacer caso de que los nuevos alumnos desconocían cuanto se había dicho y que era absolutamente preciso para entender lo que se iba a desarrollar en la segunda parte del año.

¿Por qué —preguntaba yo— no se pondrán de acuerdo profesores y estudiantes para establecer el régimen alemán de semestres? (*Intersemester* y *Sommersemester*). Ahora Buonocore trata de armonizar a docentes y discentes con su propuesta de cuatrimestres, que debemos aplaudir.

16. *La inasistencia estudiantil.*—La asistencia ha de ser regular y continua. A veces he oído a un muchacho decir: “Yo le asistí al profesor Z. durante los dos meses en que preparé la materia”. Yo tenía deseos de indagar: ¿Le asistió Ud.? ¿Es que Z. estaba enfermo y usted es estudiante de medicina o doctor en ella? Pero lo más frecuente es la *inasistencia*.

Es absolutamente imposible mantener la ficción, si queremos poner coto, en esta “época de ir contra la verdad”, al aserto de que hay universidad cuando los estudiantes no van a clase y sólo acuden al edificio que lleva tan pomposo nombre a pasar exámenes: En esa universidad a que aludí, en la que hice las referidas experiencias, concurrían a clase ordinariamente ocho o diez estudiantes, incluso en aquellas materias explicadas por profesores que los jóvenes consideraban excelentes. Después, en las diferentes convocatorias de exámenes (noviembre-diciembre, marzo y julio),

se inscribían seiscientos muchachos en la misma asignatura en la que sólo concurrió a cátedra un uno por ciento. Se deduce de aquí, con irrefragable lógica, que se estima posible ser abogado sin ir a la universidad, pues concurrir a examen no es más que *pasar* por ella en los más ingratos momentos.

Quiénes somos enemigos de equívocos y amamos la lealtad con nosotros mismos y con el prójimo, pensamos: Si es posible ser abogado autodidacto, dediquemos la Facultad a otros menesteres: a altos estudios, a investigaciones auténticas, y obliguemos al futuro profesional, autoproparado, a presentarse ante un riguroso tribunal que le examine a fondo —oralmente, por escrito y con casos prácticos— y constituido, no sólo por benévolo profesores, sino por abogados (o médicos en caso de tratarse de la Facultad de Medicina), con objeto de que el celo profesional ante el futuro competidor, no permita que aprueben los insuficientemente preparados.

Es esta una cuestión hartamente seria. La sociedad ha confiado a las universidades la formación de sus médicos, abogados, etc., en garantía de que la estilográfica con que escribe la receta no sea una ametralladora, ni el escrito del letrado, una trampa contra el pobre litigante. La sociedad quiere que los abogados que la universidad habilite no pongan en peligro la fortuna del cliente o hagan peligrar su vida —pues aún hay países que conservan la pena de muerte—, enviando por torpeza al cadalso a un infeliz a quien su mandatario no supo defender. La universidad está obligada a garantizar, ante la sociedad, el título que expide. Por eso, si los alumnos no quieren aprender con sus profesores, los exámenes tienen que ser severos como los que se harán en este curso, como medio de iniciar el combate contra la decadencia de la universidad. Y sirva ello de leal advertencia, señores estudiantes.

Serán muchos quienes, en defensa de lo usado, proclamen que todo esto es reaccionario, conservador, troglodítico. Pero yo que hace dieciocho años que me hallo fuera de mi patria por defender —y no con mentidas palabras!— la libertad, el progreso y la democracia, me encojo de hombros ante esos apelativos.

17. *El profesorado.*—Los profesores son malos, claman los estudiantes. Acaso sea cierto, puesto que me incluyo entre ellos. Habrá que contratar, cuando no se encuentren buenos en el país, a docentes extranjeros, y sobre todo formarlos. Lo mejor es enviar a las naciones de más alta cultura a jóvenes de vocación verdadera para que estudien una disciplina y aprendan a enseñarla, en las más acreditadas universidades del exterior. Entretanto

señalemos dos tremendas incongruencias. Primera: si no hay profesores, ¿para qué crear más universidades y nuevas Facultades? Segunda: hay casos —señalaremos alguno sin mentar nombres— en que los propios estudiantes reconocen la existencia de catedráticos preparados y hábiles para transmitir lo que saben en una determinada cátedra, explicada por dos profesores del primer año, en que existen siete mil matriculados. Pues bien, ese magnífico profesor sólo tiene *cien* concurrentes a su aula. Por eso me permití decir que es más grave el problema estudiantil de inasistencia, que el hallazgo de maestros capaces.

18. *Las amargas verdades*.—Soy ante todo y sobre todo —antes que nada— un universitario y por eso estos problemas me acojonan. Acudí, en consecuencia, al requerimiento del doctor Buonocore para decir la verdad tal cual es. Quizá a mí mismo, al paladearla, me sepa más amarga que a quienes la oyen; pero esta es la verdad, la auténtica verdad de las universidades argentinas. En las manos de ustedes está el rehacerlas poco a poco sin desmedidas ambiciones, porque por lo mismo que la Universidad está en el mundo en crisis es preciso que no creamos muchas de estas altas casas y que rehagamos las existentes con sumo tiento. Con provisionalidad en los planes y nuevos métodos, dispuestos a volver atrás si nos hemos equivocado, a reconocer que los programas no son perfectos y a prescindir de esos reglamentos de papel, con una serie de números romanos y arábigos, fracciones de letras mayúsculas y minúsculas, primas y segundas. Todo eso seduce al verlo, pero queda inútil en la práctica.

Estamos en trance de empezar a andar con la torpeza con que camina el niño. Dice Rodolfo von Ihering que la única manera que tienen los gatitos de aprender a andar, es cayéndose por las escaleras. La única manera que tenemos de saber si acertamos o no, es tropezar, porque —y ya también lo dijo un gran psicólogo: Adler— en sentirnos inferiores y querer ser superiores está, precisamente, el *quid* del progreso del hombre. En no ser ambicioso en los planes y sí serlo enormemente en su realización, en saber que comenzamos imperfectamente y que podemos perfeccionar nuestra obra, está el secreto del éxito. No encubráis, jóvenes amigos, designios torcidos con palabras nobles. Sed sencillos y recordad siempre unas frases que constantemente repetía Unamuno, aunque fueran ajenas: “¡Llaneza, muchachos! ¡Llaneza!”

## 3

WALTER RELA

## FRECUENCIA DEL TEMA REGIONAL EN EL TEATRO SUDAMERICANO CONTEMPORANEO (\*)

Una de las características definidas del teatro sudamericano contemporáneo, es la frecuencia con que sus dramaturgos recurren a las expresiones regionales como fuente de información para sus obras. Estudiando un número apreciable de las mismas, encontramos series de reiteraciones temáticas que aproximadamente se pueden concretar en el siguiente esquema:

- a) Geografía.
- b) Historia.
- c) Leyendas.
- d) Conflictos del área rural.
- e) Evocación de la vida ciudadana.
- f) Problemas en la ciudad moderna.

Cada una de estas unidades importa un conjunto cualitativamente valioso de la creación dramática y su exposición —aunque parcial— permitirá conocer una de las corrientes (la otra es la de temas universales) en que se orienta el teatro sudamericano actual.

a) *Geografía*.

A este orden quedan circunscritas aquellas obras en las que la geografía es el factor dominante. El desarrollo del conflicto humano está sometido a la influencia múltiple de la geografía regional. Hay un eje que permanece inalterable, sobre el que gira el drama de las criaturas.

El que ofrece mejores ejemplos es el teatro brasileño, merced al surgimiento de un grupo de jóvenes escritores que modificaron radicalmente la estructura temática de la escena de su país. Cronológicamente es Joracy Camargo, con *Deus lhe pague*, el pionero de este movimiento renovador. En su época —1932— conmovió al público planteando un problema social concreto, que tuvo la virtud de convertirse en mirilla para los problemas y angustias del pueblo brasileño. Además, hizo desviar el exclusivismo cosmopolita hacia un benéfico equilibrio con los temas nacionales, tal como

(\*) Ponencia presentada en la Escuela de Verano de la Universidad de Chile, enero de 1960.

ocurrió en la segunda mitad del siglo XIX con los autores románticos.

En la reciente promoción dos señalados dramaturgos, Edgard da Rocha Miranda e Isaac Gondim Filho, se ubican en la unidad geográfico-regional con temas referentes a Minas Geraes, San Pablo y los Estados del noreste.

Edgard da Rocha Miranda, nacido en Río de Janeiro y formado técnicamente en Estados Unidos, se muestra hábil en concertar ambientes, personajes y conflictos del medio rural, en una pieza en la que se evidencia la gravitación de la geografía minera: *Para onde a terra cresce* (1). Escrita con vigor dramático, desarrolla una de las tantas historias posibles de Minas Geraes durante el ciclo de la fiebre del oro. Un rico fazendeiro se entera de la fabulosa fortuna que encierran sus tierras y decide transformar radicalmente sus bienes. Todo se pone en marcha y los peones rurales se convierten en obreros de la mina, y en la mente del propietario comienza a prosperar la influencia de su libro de cabecera, que narra las aventuras de los bandeirantes. El cambio de estructura económica implica al mismo tiempo el desarrollo de una lucha sindical que es utilizada por un agente profesional que llegado desde la ciudad, y en el preciso momento en que asoma la masa mineral, estalla la huelga y se vence el préstamo hipotecario con que se inició la explotación. Un derrumbe en las galerías aprisiona a los obreros que decidieron ocupar la mina, lo que provoca en el fazendeiro una recia lucha entre sus intereses y el destino de sus hombres. La fuerza de la tierra precipita los acontecimientos, y ordena salvarlos destruyendo el resto de las construcciones para dejarles un camino que acaba con su empresa minera.

Este mismo autor obtuvo en 1954 el premio instituido por la Comisión del IV Centenario de la fundación de San Pablo, con otra obra: *E o noroeste soprou* (2). En ella también la geografía regional toma importancia decisiva al cumplirse la acción en Campina de Monte Grande, un villorrio del interior de San Pablo convertido en páramo por la persistente sequía y por el abusivo cultivo de algodón. El grupo social integrado por mestizos, negros y caboclos, gastados por una espantosa miseria, permanece unido colectivamente por un sentimiento religioso-primitivo que se estrecha en los momentos de mayor desesperación.

Isaac Gondim Filho, oriundo de Recife, plantea con *A grande estiagem* (3) la tragedia de la sequía en el noreste brasileño, donde la vida y la muerte se juegan sin grandes violencias entre un grupo de humildes campesinos víctimas del hambre y la sed. La impotencia del hombre frente a las opresivas fuerzas de la geografía regional, provoca en unos el desequilibrio psíquico y en otros

el aferramiento a los más esenciales principios cristianos como medio de resignación.

Un escritor chileno de la promoción de 1940, Francisco Coloane, ingresa al grupo temático regional con *La Tierra del Fuego se apaga* (4). Su particular talento narrativo demostrado en el ciclo de novelas sobre hombres y paisajes del sur de Chile, se vuelca en el teatro conservando los matices originales del novelista. El conflicto impregnado de severidad dramática transcurre entre el puesto de un cuidador de ganado en el centro de la Tierra del Fuego y el prostíbulo del pueblo. La pareja Mac Namara-Susana, el chilote Lindor, la vieja ramera Cinchón Tres Vueltas, el contrabandista El Zurdo, conforman el cuadro de voluntades humanas estrujadas por la geografía fueguina.

#### b) Historia.

Ciertos episodios político-militares, o las figuras relevantes de la historia de América son centro permanente de interés para los dramaturgos contemporáneos. En general son tres los tratamientos que se dan al tema histórico (5):

1) Respeto por la objetividad y escenificación aproximada de las fuentes.

2) Preocupación por acontecimientos aislados, documentos judiciales, referencias orales, etc., reservándose el autor una absoluta libertad en cuanto a la finalidad de su obra.

3) Interés por la crónica histórica (general o parcial) de un país o de una región, para establecer relaciones con el proceso socio-político contemporáneo.

Entre los ejemplos del numeral 1) podemos citar *La Patria en Armas*, de Juan León Bengoa (6), que refiere acontecimientos histórico-regionales en orden cronológico. Estos parten de los últimos actos del gobierno colonial español (Sala Capitular del Cabildo Montevideano, 15 de junio de 1810), hasta el día de la muerte de José Artigas en su exilio asunceno (23 de septiembre de 1850). Diversos episodios (la chacra de Las Piedras, tertulia es lo de Monterroso, campamento del Ayuí, la Asamblea de las Tres Cruces, cuartel general de Belén, el Hervidero, Fuerte de Montevideo, la estancia de Mandisoví, despacho del Dr. Francia (Asunción), casona de adobe donde muere Artigas) son respetados en su fidelidad histórica, con las variantes exigidas por el género dramático.

El autor crea el clima teatral adecuado al conflicto humano, con sus intereses, pasiones, intrigas, derrotas, realzando la fuerza moral de Artigas pero sin apartarse de una notoria objetividad.

El poeta Vicente Barbieri con su obra *Facundo en la Ciudadela* (7), precisa los sucesos que ocurrieron en la provincia argentina de Tucumán en

la tercera década del siglo XIX. Barbieri anticipa con sus palabras la definición del personaje principal, lugar y tiempo de la acción (alrededores de San Miguel de Tucumán, campamento de la Ciudadela, noviembre-diciembre de 1831 al 1.º de enero de 1832):

“Eso era, y es, y tal vez será siempre el brigadier general don Juan Facundo Quiroga, el capitán de los cuatrocientos capiángos; el mismo que azota enceguedo, rítmicamente, a un joven colgado de un árbol, hasta que se le cansa el brazo y la sangre del azotado le salpica y refresca las manos afiebradas. Es Facundo, que se jacta de ser irresistible en las tres predilecciones de su sensualidad: la guerra, el juego y las mujeres. A veces valiente hasta la temeridad y a veces lleno de secretos temores”.

Del lugar de la acción dice:

“Para tener una idea de lo que en el año 1831 era la Ciudadela (hoy un barrio totalmente poblado de la ciudad de San Miguel de Tucumán), remitiremos al lector a la bellísima descripción que del lugar hace Sarmiento en su *Facundo*.

“Es Tucumán un país tropical en donde la naturaleza ha hecho ostentación de sus más pomposas galas; es el Edén de América, sin rival en toda la redondez de la tierra. Junto a ese Edén pintado por Sarmiento, en el paraje llamado de la Ciudadela, antiguo campamento de las tropas libertadoras de Belgrano, se instaló el Tigre de los Llanos con su ejército, después de vencer a Lamadrid. Su paso por ese lugar es el tema de esta pieza”.

En el numeral 2) puede incluirse *Fausto Garay, un Caudillo*, de Justino Zavala Muniz (8), desde que representa uno de los más importantes ciclos histórico-político del Uruguay, el de las luchas civiles por el predominio en el poder. Zavala Muniz se basa en uno de los tantos acontecimientos para llegar a la depuración de un personaje esencial, y mostrarlo en su verdadera dimensión, la de caudillo-nacional. La figura de Fausto Garay, impregnada del sentido heroico de la vida, se define por el equilibrio que le da la exacta perspectiva histórica de los acontecimientos actuales y del destino futuro del país. El valor personal, la conducta insobornable, sus acciones inmediatas, sellan sus valores humanos ponderables; el sentido de responsabilidad ante la historia de su pueblo, señala su condición de caudillo auténtico, su naturaleza moral de conductor. Hay también un pronunciamiento del hombre pacifista, del desertor de la lucha civil (no el traidor a la divisa partidaria), que está adherido a la tierra por la agricultura. Es el que padece dolor al ver los sembrados destruidos por la tropa, el que siente la esterilidad de la fatiga diaria.

“Si viera los sembrados que deshicieron los caballos de la guerra. Es triste, ver así pisoteado el trabajo del hombre” (*Desertor*, acto I, escena IV).

En el tercero, mencionaremos una pieza de Heloisa Maranhão, *Paixão da terra* (9), que intenta reunir varias secuencias del pasado histórico brasileño (se inicia con la conquista holandesa hacia 1600), pero cuya proyección puede ajustarse al Brasil de hoy, por la similitud de personajes y situaciones claves. La combinación de ideas, símbolos, sentimientos humanos, le da a esta obra un aire singular de universalidad-regional, desde que alega junto al rechazo del invasor holandés, por una moderna concepción de convivencia pacífica entre los pueblos, por un ensalzamiento de las bellezas de la vida cotidiana contra la miseria, la injusticia y las guerras.

También Osvaldo Dragún utiliza en *Tupac Amaru* (10) un episodio de la vida americana para buscar las correspondencias con el proceso socio-político actual. Se sirve de la lucha que los incas desencadenaron en 1780, con el rebelde Tupac Amaru al frente, para contraponerla a una concepción antagónica en sus principios y consecuencias que representa el Visitador general de España. Dos mundos opuestos: el imperio español entrando en la decadencia, los criollos de Cuzco (que desplazaron a los incas), penetrando en forma decisiva en la historia del continente.

### c) Leyendas.

Las leyendas regionales constituyen motivación primordial en un grupo importante de obras teatrales sudamericanas.

*Santos Vega, el Payador*, de Antonio Pagés Larraya (11), representa una de las interpretaciones en la escena rioplatense, del antiguo mito pampeano que introdujera Bartolomé Mitre en la literatura argentina. Pagés Larraya toma la leyenda según la variante poética más difundida, la que culmina en el poema de Rafael Obligado (contrapunto Santos Vega-Juan Sin Ropa, y derrota-muerte del payador de la pampa), e introduce como nota original la reintegración del canto a la vieja voz anónima del pueblo:

“De mi tierra y de mi gente  
este canto es la memoria  
que más allá de la muerte  
me va tejiendo la gloria”.

El autor no desdeña la dimensión humana, la que dió fama a Santos Vega, venciendo en difíciles contrapuntos o enfrentando a los personeros de una justicia corrupta.

“Pagés Larraya establece la dualidad hombre-

mito, mediante una cuidadosa transición. Evoca al payador y paulatinamente penetra en la zona del misterio que se hunde en el pasado, el que lo envolvió para siempre desde que le disputaron el alma y la gloria del canto" (12).

Hermilo Borba Filho, con *Auto da Mula de Padre* (13), unifica ciertos elementos legendarios del norte brasileño con la religión católica (diálogos del Padre y la Mulata, la tentación, la lujuria, el ballet de las beatas, muerte de la Mulata, liberación del Religioso, grito de victoria de las devotas). La "assombração" (14) de la "Mula del Padre" (15) se imbrica con tres antiguas historias populares que se transmiten por tradición oral y que en esta obra rememoran los trabajadores de las plantaciones y del ingenio azucarero, en sus encuentros nocturnos. La primera es la de un trabajador que se encuentra con la "Mãe d'água" (16), la segunda, la del cazador y la "caipora" (17), fumando un cachimbo de barro junto a dos cachorros muertos, la tercera, la del negro plantador y el "lobishomen" (18). Borba Filho maneja con gran acierto un diálogo conciso, mezclado de cantos, música, ballet y la palabra del narrador que anticipa la acción legendaria norbrasileña. En *Las Pascualas*, la autora chilena Isidora Aguirre (19) recoge también una leyenda popular del sur de su país, que en lo substancial refiere:

"... las tres Pascualas vivían junto a una laguna, soñando con el amor; pasó por allí un forastero, y las tres, apasionadamente, se enamoraron. Pero un día se fué y las Pascualas, que antes se querían como hermanas, se miraron con odio y con recelo. Hasta que se dijeron: ¿A qué pelearnos? ¿No estamos las tres sufriendo el mismo mal? Vamos a la laguna, y la que alcance primero la otra orilla, es la que más lo quiere. Y nadaron, nadaron hasta el cansancio, llegando una y otra vez juntas a la otra orilla; hasta que la Pascuala primera desapareció bajo el agua. La segunda se sumergió en su búsqueda, y como ninguna de las dos volvió a aparecer, la Pascuala tercera se dejó morir con ellas. Dicen que de noche se escuchan voces y repiques de campanas: son las tres Pascualas que aún lloran su amor desde el fondo de la laguna".

También Ariano Suassuna utiliza los elementos legendarios del noreste brasileño, como tema de su celebrada pieza *Auto da compadecida* (20). En ella introduce lo regional autóctono circulante en una serie de romances orales de gran contenido popular, junto al elemento estrictamente religioso-católico. Así encontramos fieles actuando con fe, y al representante de un clero venal aduciendo esa misma fe. Un crítico ha advertido con todo acierto la relación de esta obra con el teatro portugués de Gil Vicente (21), particularizando las

semejanzas críticas a la sociedad de los poderosos que actúan contra los infelices, a los padres de la Iglesia que han olvidado sus principios cardinales y han cedido a las tentaciones mundanas, etc. Suassuna recoge ciertos elementos que aparecen en el teatro de la Alta Edad Media (Milagros de Nuestra Señora en el siglo XIV), en que aparece mezclado lo profano con lo religioso y donde el pícaro en peligro (ese João Grillo emparentado con la Comedia del Arte) acude al compadecimiento de la virgen para salvarse definitivamente.

Ida Grancko, en *Belén Silvera* (22), reúne bajo forma de auto sacramental varias leyendas populares de las que da noticia el Dr. Eduardo Röhl en su libro sobre *Fauna descriptiva de Venezuela* (Vertebrados).

Una de ellas habla de la "que se casó con el encantado" y refiere el caso de una hermosa joven venezolana —Belén Silvera— que fué llevada por los encantos. Presa de la fiebre, en su delirio hablaba de un hombre vestido de blanco que le decía:

"Prepárate. Tú te vas conmigo. Nos vamos a casar. Vamos a vivir en la laguna de Tacarigua".

Después de curada, Belén lo refirió a sus familiares y todos creyeron que era consecuencia de la última fiebre. Mejoró completamente y una mañana al salir de misa, gritó a una de sus compañeras: "ahí está el hombre", pero ésta no vió más que los árboles de la plaza. Otro día fueron a bañarse en las aguas del río Capaya, que son muy transparentes y pasan por la laguna de Tacarigua, y Belén desapareció. La noticia conmovió a todo el pueblo. Un día la madre recibió una carta en la que le anunciaba su matrimonio con "el encantado" y que vivía feliz en las profundidades de la laguna, rodeada de un mundo fabuloso en que grandes peces le servían de cabalgadura e inmensas culebras arrolladas de mullido asiento.

El mito y el hechizo forman el núcleo de la obra, por otra parte, construída con gran sentido poético.

#### d) Conflictos del área rural.

El peruano Enrique Solari Swayne, con *Collacocha* (23), penetra en la lucha permanente del hombre enfrentando la tierra. El esquema de su obra es tan simple como dramático el conflicto de miles de seres que diariamente viven al nivel de la orografía andina. No está ausente el sentido de amor por el hombre, por el mundo, amor a la felicidad que se construye pacientemente. Solari declara su amor y su fervor a la aventura del hombre en la tierra; lo confiesa en la dedicatoria, en labios de sus personajes, en el aire general que invade la obra. Lo admirable es que asciende al pla-

no universal sin desarraigo de los factores regionales estrictos. El drama se desarrolla en una cabaña donde un grupo de ingenieros dirigen un plan de vital importancia para el Perú: abrir caminos al interior y mantenerlos despejados. En ese plan trabajan cientos de cholos anónimos que sufren, mueren o son aplastados por la naturaleza que pretenden desentrañar. El objetivo es ambicioso: medicinas para la selva y maderas para el Pacífico. Cada vez que los accidentes interrumpen la arteria, hay que empezar de nuevo con un saldo de muertos a la espalda, porque lo que está en juego es habilitar una tierra mejor para el peruano y eso significa taladrar cerros, armar puentes, afirmar caminos, para que pase firme y seguro el cholo Jacinto Taira con su camión cargado —de ida y vuelta— y detrás suyo, cientos de camiones que se perderán por todo el Perú. La ruta tiene que estar abierta día y noche, es la consigna del ingeniero-jefe Echeocar:

“Mi misión en la tierra es habilitar nuestro maldito país como morada del hombre, hacer su suelo transitable, abrir caminos, para que los hombres se acerquen por ellos. Eso y nada más haré”.

Echeocar es el combatiente activo contra la miseria, el desvelado constructor de la felicidad para su pueblo, por eso encarna la voluntad del propio autor de que sea: “el forjador de un Perú más justo y más feliz”.

#### e) *Evocación de la vida ciudadana.*

En pocas obras como *Un guapo del 900*, de Samuel Eichelbaum (24), encontramos una tan ajustada evocación de la vida ciudadana. No lo formulamos como propósito del autor, sino que el análisis temático, las situaciones, la conformación mental de personajes tan definidos (Ecuménico, Natividad López, Alejo Garay, etc.), los distintos ambientes en que se juega la acción (almacén de ramos generales en los suburbios de B. A. en 1900, el despacho de Don Alejo Garay, el comité de su partido, la esquina de suburbio, etc.), el lenguaje (orillero y culto), ajustado al tiempo y la idiosincrasia de cada uno, la lucha electoral y sus agentes profesionales, la ética de D. Alejo, la psicología de Ecuménico, el concepto del honor y la fidelidad, la estructura moral de Natividad, las figuras secundarias, confluyen a evocar una importante etapa de la vida ciudadana porteña. Fernando Debasa describe en *Mama Rosa* (25) problemas, costumbres, conflictos, de una familia de la sociedad chilena, desde 1906 hasta el presente. Divide su obra en cinco ciclos (1906, 1910, 1925, 1941, y en nuestros días), cumpliendo en cada uno la evocación del tiempo al que permanece ligado —sucesivamente— el personaje que da nom-

bre a la pieza: Rosenda del Carmen González Tapia, La Rosa, Mama Rosa.

Una abnegada mujer extraída de su tierra —de Colchagua—, vive en Santiago un generoso destino de amor a los que sirve y crecen a su lado en el tiempo. La Rosa transfiere todos sus bienes sin esperar ni reclamar nada, sin preguntar siquiera si merece reciprocidad el haber cambiado la posible felicidad con Custodio, el colchaguino, que le hubiera dado hijos y hasta una granja propia, por la fiel convivencia con la familia Solar. Su amor se vuelca en hijos ajenos, en casa ajena, en objetos ajenos, en un mundo que se va sedimentando a través de su existencia diaria. La obra evoca cronológicamente las fases de una sociedad en desaparición y de la que sólo queda el tiempo como auténtico decorado.

#### f) *Problemas en la ciudad moderna.*

El tema de esta unidad corresponde a la versión más o menos fidedigna de la realidad socioeconómica de la ciudad moderna.

Roberto Arlt evidenció en una pieza breve, *La isla desierta* (26), la desdicha de los seres “simultáneamente encorvados” sobre la mesa de trabajo de una oficina, primero en el subsuelo y luego en el décimo piso. Abajo nadie se entera de que un día el sol se puede apagar para siempre, en cambio, arriba se ven entrar los barcos en la bahía. Alguien descubre la diferencia y se rebela y contagia al prójimo, en busca de la isla desierta.

*El Puente*, de Carlos Gorostiza (27), transportó al teatro los problemas de un pequeño grupo social que convive en los límites de un barrio de la ciudad de Buenos Aires. Ingeniosamente se juega en dos planos, “en la calle” y “en la casa”, con dos planteamientos distintos, con esquemas sociales diferentes, pero con una misma condición esencial que está en el vivir dinámico de cada personaje, en el enlace de circunstancias que terminan en la muerte y en la confusión.

Buenos Aires, ciudad-inmensa, cosmopolita, está representada en *Ese camino difícil*, de Juan Carlos Ferrari (28). Dentro de ella se mueven sin interferencias pequeñas unidades regionales, con sus gentes, sus preocupaciones, sus finalidades. Diversos cuadros (desde la torre TV hasta el Parque Lezama) marcan el pasaje de seres que participan de una vida de relación social en ambientes autónomos, dentro de una gran ciudad.

*Procesado 1040*, de Juan Carlos Patrón (29), es otra obra a incluirse entre las de la ciudad moderna y sus conflictos. El asunto puede situarse en cualquier país de América (aunque resultan obvios ciertos signos montevideanos). Un ciuda-



TEUCH, con la dirección de Agustín Siré. Premio Teatro Experimental (1956) y Municipal (1958).

(26) Arlt, Roberto, *La isla desierta*, burlería en un acto. B. A., 1950. Estrenada por el Teatro del Pueblo (B. A.) en 1938.

(27) Gorostiza, Carlos, *El Puente*. B. A., 1954. Estrenada por el Teatro La Máscara (B. A.) en 1949.

(28) Ferrari, Juan Carlos, *Ese camino difícil*, comedia de ambiente porteño. B. A., 1954.

(29) Patrón, Juan Carlos, *Procesado 1040*. B. A., 1957. Estrenada por la Comedia Nacional (Uruguay), en el Teatro Solís, de Montevideo, en el año 1957, con la dirección de Alberto Candéau. Premio Ministerio Instrucción Pública (Teatro) en 1958.

(30) Denevi, Marco, *Los expedientes*, comedia en tres actos. B. A., 1957. Estrenada por la Comedia Nacional (Argentina) en septiembre de 1957, en el Teatro Nacional Cervantes, con la dirección de Osvaldo Bonet.